

CAPITULO X.

SUMARIO.

- § I. PONTIFICADO DE SAN GREGORIO II (19 de mayo de 715-12 de febrero de 731).
1. Estado del mundo al advenimiento de san Gregorio II. — 2. Disciplina monástica en Italia. Progreso de los misioneros cristianos en la Germania. San Bonifacio, arzobispo de Maguncia. — 3. El venerable Beda. — 4. Leon Isauro rechaza á Soliman de los muros de Constantinopla. — 5. Leon Isauro se vuelve iconoclasta. — 6. San Juan Damasceno. — 7. El papa se opone á las tentativas de Leon Isauro. — 8. El exarca de Ravena y Luitprando ponen sitio á Roma para apoderarse del papa. — 9. Muerte de san Gregorio II.
- § II. PONTIFICADO DE SAN GREGORIO III (18 de marzo de 731-28 de noviembre de 741).
10. Eleccion de san Gregorio III. — 11. Herejía de los Iconoclastas, muy impopular en Italia. — 12. Gregorio III pone á la Santa Sede bajo el patrocinio de Carlos Martel. — 13. Invasión de Abderrahman en las Galias. — 14. Batalla de Poitiers. — 15. Consecuencias de la batalla para la Sede apostólica. — 16. Concilio romano contra los Iconoclastas. — 17. Carlos Martel interviene para con Luitprando en favor de la Santa Sede. Muerte de Carlos Martel, de Leon Isauro, y de san Gregorio III. — 18. Actos diversos de este pontificado.
- § III. PONTIFICADO DE SAN ZACARIAS (3 de diciembre de 741-15 de marzo de 752).
19. Eleccion de san Zacarias. — 20. Tratado de paz entre el papa y Luitprando. — 21. Trabajos de san Bonifacio de Maguncia. — 22. Herejía de Sanson y de Virgilio. — 23. Herejías de Adalberto y Clemente. — 24. Concilio de Clif. Penitencial y Pontifical de Egberto. Ceremonias de la consagración de reyes. — 25. Rebelión de Artabazo. — 26. Carloman en el Monte Casino. — 27. Pipino el Breve, rey de los Francos. — 28. Muerte de san Zacarias.
- § IV. PONTIFICADO DE ESTÉBAN III (18 de marzo de 752-20 del mismo mes y año).
29. Estéban murió antes de ser consagrado.
- § V. PONTIFICADO DE ESTÉBAN IV (26 de marzo de 752-26 de abril de 757).
30. Eleccion de Estéban IV. — 31. Astolfo, rey de los Lombardos. — 32. Estéban IV pasa los Alpes. — 33. Entrevista del papa y del rey en Pontyon. — 34. Asamblea de Quercy-sur-Oise. — 35. Tratado de paz entre Pipino el Breve y Astolfo. — 36. Donación de Pipino el Breve á la Santa Sede. — 37. Martirio de san Andrés el Calabita, de san Estéban y de san Pedro Estilita en Constantinopla. — 38. Muerte de san Juan Damasceno. Sus obras. — 39. Muerte de Estéban IV.
- § I. PONTIFICADO DE SAN GREGORIO II (19 de mayo de 715-12 de febrero de 731).

1. A la época del advenimiento de Gregorio al trono pontifical, en 19 de mayo de 715, presentaba por do quiera el go-

bierno de la Iglesia muchas dificultades. Poco despues, en el año 712, Luitprando acababa de inaugurar su reinado sobre los Lombardos. Príncipe enérgico y muy hábil, habia formado el proyecto de someter toda la Italia á su cetro; mas se oponia mucho á sus miras ambiciosas la influencia de los papas, lo que le predisponia á una actitud hostil contra la Iglesia. Los Sarracenos, casi dueños de España, asomaban ya sus vanguardias en la Galia y aun amenazaban á toda la cristiandad. Leon Isauro sucedia en Constantinopla al bueno y piadoso Anastasio, y muy pronto iba á sumir al Oriente en los furros de una herejía mas terrible que las anteriores. Hallaba pues muchos peligros la mision de un papa en estas circunstancias; pero Gregorio II hizo frente á todo. Un valor á toda prueba, unido á una moderación y prudencia admirable, le hizo atravesar gloriosamente por las delicadas complicaciones de la época de su pontificado.

2. Llamó ante todo su atención la disciplina monástica que trató de restablecer en Italia. Aun no se habia levantado de sus ruinas el monasterio del Monte Casino, destruido cincuenta años habia por los Lombardos, y Gregorio II encargó á un santo monje, llamado Petronax, la mision de hacer reflorar la vida monástica y los estudios superiores eclesiásticos, los cuales han hecho tan célebre en la Iglesia este monasterio. No contento con el círculo de la Italia, Gregorio II envió al obispo Martiniano, al sacerdote Jorge y al subdiácono Dorotheo, del clero romano, á evangelizar á los pueblos aun idólatras de la Baviera en el año 716. — Tres años despues, esto es, en 719, Winfrido, tan conocido bajo el nombre de san Bonifacio de Maguncia, vino de Inglaterra á Roma para someter al papa su proyecto de apostolado en Alemania. Winfrido era portador de *letras dimisorias* dadas por Daniel, obispo de Winchester, en cuya diócesis se habia ordenado de presbítero. Gregorio II le dió mision de predicar el Evangelio en todas las naciones infieles de la Germania y de bautizarlas segun el rito romano. Winfrido predicó desde luego en la Baviera y en la Turingia, donde hizo muchas conversiones. Informado el

papa de tan buen éxito, le mandó volver á Roma en 723, y lo consagró por sí mismo obispo metropolitano de Alemania, y le mudó el nombre de Winfrido en el de Bonifacio (*benefaciens*), aludiendo á los grandes servicios que este operario evangélico hacia á la Iglesia. El nuevo prelado, sostenido por el poder de Carlos Martel, á quien le habia recomendado el sumo pontífice, convirtió á su regreso casi todos los habitantes de la Hesse y Turingia. Trató sobre todo de fundar monasterio para perpetuar, en las comarcas que evangelizaba, las santas tradiciones de la vida cristiana por medio de ejemplos vivos y patentes de virtud. Despues de quince años de trabajos apostólicos, volvió tercera vez á Roma, donde recibió el palio arquiepiscopal del papa Gregorio III, como insignia de su jurisdiccion en toda la Alemania. Dió á todas las iglesias una organizacion fuerte y estable; estableció por centro de su arzobispado á Maguncia, y fundó trece obispados sufragáneos. Cuando creyó consolidada su obra, renunció personalmente á su silla y consagró á su sucesor. Se reservó empero continuar su vida apostólica y emprendió la conversion de la Frisia, comarca rebelde á los esfuerzos de los misioneros. Allí le esperaba la corona del martirio. Despues de su muerte, su cuerpo fué trasladado á la abadía Fuldense, que habia fundado, y Dios glorificó á su siervo con milagros.

3. Hemos dicho que san Bonifacio era inglés. La Gran Bretaña, digna en esta época de llamarse *la Isla de santos*, parecia estar en posesion de suministrar apóstoles á todas las naciones del universo. Brillaba en este tiempo en ella una lumbrera de la Iglesia en la persona del venerable Beda: tal es el título que le ha dado desde un principio toda la antigüedad cristiana, y que se le daba aun en vida suya por su inmensa reputacion de virtud y ciencia. Beda ha sido uno de los mas ilustres doctores de aquellas edades de transicion entre la antigua literatura latina y la literatura de los pueblos modernos. Educado en los monasterios de Viremouth y Jarou bajo la direccion de san Ceolfrido, habia adquirido muy temprano el buen gusto de los estudios eclesiásticos. Por rara excepcion, otorgada á

su relevante mérito, fué ordenado de diácono á la edad de diez y nueve años, á pesar de que los cánones exigiesen entonces veinticuatro. Su larga carrera fué empleada en la composicion de numerosas obras que aun poseemos. Las mas importantes son: *Historia de la Iglesia de Inglaterra*, dividida en cinco libros, precioso monumento de erudicion nacional; y las *Crónicas ó Tratado de las seis edades del mundo*, sumario de historia universal desde la creacion del mundo hasta su tiempo (principios del siglo VIII), en cuya obra en pocas palabras expone el plan providencial de Dios sobre la humanidad en general, y en particular sobre la posteridad de Abraham; últimamente lo aplica á la muchedumbre de naciones reunidas en Cristo y en su Iglesia. Sus tratadas sobre gramática, ortografía y versificacion, esparcidos por todo el Occidente, contribuyeron, con los de Casiodoro y san Isidoro de Sevilla, á imprimir á las lenguas modernas su carácter distintivo de claridad y regularidad. Entonces principiaron á formarse mezclándose el latin con los idiomas tudescos y demás de los Bárbaros. Beda murió el año 735, á la edad de sesenta y tres años, en el monasterio de Jarou, del cual era abad. Su mayor gloria fué haber sido maestro de Alcuino, preceptor de Carlomagno. [La Iglesia católica le ha canonizado y puesto en el número de sus santos.]

4. En tanto que tantos y tan ilustres personajes ilustraban al Occidente, aparecia sobre el trono de Constantinopla un nombre fatal á la Iglesia. Leon III, hijo de un pobre rústico de la Isauria, llegó hasta revestirse de la púrpura de los Césares en 716. Era despues de tres años el cuarto emperador levantado al poder por los caprichos del populacho bizantino (1). No se ocultaba este triste espectáculo al ojo perspicaz de los califas musulmanes, y así creyeron que habia tocado la hora de la caida del Bajo Imperio. Una flota turca de mil y ochocientas velas ancló en las aguas de la Propóntide en 717,

(1) Bardano Filipico en 713. — Anastasio II en 714. — Teodosio III en 715. — Leon Isauro en 716.

á las órdenes del califa Soliman. Leon Isauro quiso entrar en negociaciones con él; mas Soliman respondió, « que no se » transigia con los vencidos, y que ya tenia señalada de ante- » mano la guarnicion que habia de ocupar á Constantinopla. » Esta insolente bravata volvió á inflamar en el seno del imperio todos los restos de la antigua arrogancia romana, y juraron todos arrojar al extranjero ó quedar sepultados bajo los escombros de la patria. Leon Isauro estimulaba este entusiasmo nacional y se aprovechó de él con admiracion y habilidad superior. Un mes bastó para destruir completamente aquella armada tan formidable, y Soliman murió de pesadumbre por pérdida tan enorme. Con esta heroica hazaña Leon Isauro salvó á Constantinopla y al imperio. ¡Ojalá se hubiese contentado siempre con ser defensor del cristianismo!

5. Se cuenta que siendo aun niño y viviendo en la cabaña de su padre en lo mas interior de los montes de la Isauria, oyó á algunos Judíos que blasfemaban y maldecian la imagen de Nuestro Señor. El uno de ellos le dijo por risa: « ¿No es » verdad que si tú fueses emperador destruirias todas esas » imágenes impías? — Yo juro, respondió, que no dejaria una » sola. » Llegado al trono, se acordó de este juramento. En 726 publicó un edicto declarando que en agradecimiento á los beneficios de que Dios le habia colmado desde su advenimiento al imperio, queria destruir la *idolatría* introducida en la Iglesia: que las imágenes de Cristo, de María y de los santos eran ídolos á quienes se tributaba un honor reservado á solo Dios y del cual era celoso. Mandaba en consecuencia quitarlas todas de los templos, de los oratorios, de las casas particulares, y hacerlas pedazos. Este edicto fué presentado á la firma de Germano, patriarca de Constantinopla, quien se negó redondamente á suscribirlo: « Los cristianos no adoran las imá- » genes, decia al emperador; sino que las honran, porque re- » cuerdan y traen al espíritu la memoria de los santos y de » sus virtudes. La pintura es una historia abreviada de la reli- » gion para los cristianos; no es una idolatría. No hay que » confundir un culto absoluto con un culto relativo. » Leon III

fingió no comprender tal lenguaje, á pesar de su claridad y sencillez, é intimó de nuevo á san Germano adoptase su edicto, amenazándole con destierro y aun con muerte si persistia. « Acordaos, repuso el patriarca, que habeis jurado en » vuestra coronacion no innovar ni cambiar nada en las tradi- » ciones de la Iglesia. » El emperador le dió un bofetón y mandó al senado le depusiese inmediatamente. San Germano despojándose de su palio patriarcal, dijo al tirano: « Mi per- » sona está bajo la potencia del príncipe; pero mi fe no cede » sino á las decisiones de un concilio. » El intrépido atleta era á la sazón de ochenta años pasados; el emperador le desterró y colocó en la silla patriarcal á un sacerdote llamado Anastasio, que no se avergonzó de hacer traicion á su fe por subir á un trono usurpado. En este momento mismo comenzó la destruccion de las imágenes con un fanatismo inaudito. Los soldados de Isauro asaltaban iglesias, templos, oratorios y casas particulares, destruyendo estatuas y pinturas religiosas, y asesinando á cuantos querian hacer la menor resistencia. Se les nombró *Iconoclastas*, esto es, destructores de imágenes. El emperador confiscó para sí gran número de estatuas de oro y plata, de vasos sagrados preciosísimos, las pedrerías que adornaban las imágenes de María, tan venerada en todo el imperio, y mandó hacer trozos un gran crucifijo de bronce, colocado por Constantino Magno bajo los pórticos del palacio imperial. Los habitantes de Constantinopla le honraban con culto muy especial; las mujeres del pueblo se echaron sobre el oficial que lo habia hecho pedazos, y lo mataron furiosamente. Estas mujeres fueron asesinadas despues con una infinidad de católicos. Se hacia bañar de pez á los mártires, se amontonaban sobre sus cabezas muchas imágenes, á las cuales prendian fuego, y se arrojaban á los perros los cadáveres calcinados. La célebre biblioteca de Constantinopla estaba en una basílica situada entre el palacio imperial y la basílica de Santa Sofía. Esta basílica, llamada *Octógona* por los ocho famosos pórticos por los cuales se entraba en su recinto, era residencia de los catedráticos de teología, humanidades, etc., pagados por el